

Cuando miramos

Una mañana calurosísima del mes de agosto, en busca del reconfortante frescor de la perfumada brisa de los pinos que allí se siente, me llevó a pensar detenidamente sobre los múltiples encantos, la felicidad, los gozos, que la vida, representada con tantísima frecuencia en los más insignificantes detalles que te salen al paso, puede significar y deparar, si uno se pone un instante a meditar y si se es capaz de descender con humildad y pequeñez a la realidad de cuanto en ese mismo momento se está contemplando.

Un simple y grueso muñón horquillado del viejo pino que tan bien conozco, que tanto he contemplado, que casi hemos crecido juntos, en cuya sombra desgrano indolente cada año recuerdos, lleva auestas, desde que le vino el mal, esa gran excrecencia teosa y púas cortas arracimadas, donde casi desde siempre también, aprovecharon para vivir en ella buen número de habitantes de la fauna autóctona y heterogénea.

La ardilla grácil y pizpireta, hacendosa, dechado de astucia y laboriosidad, reina del lugar por excelencia, fijó allí su residencia. No le importó el límite mismo de su hábitat con los dominios de la civilización, que en el mismo bancal que limita le puso frondosos nogales, secos hoy de pena y ya no hay nada más.

Será por eso, que al secarse allí los nogales de que se abastecía y casi también la civilización que los plantó y creó un lugar exuberante a los sentidos por su belleza, optó por alejarse un poco, dejó la casa donde tantas generaciones alumbró. Cedió paz y tranquilidad a tantos y tantos inquilinos inquietos, osados y fisgones que allí compartían morada; la lagartija trepadora, la tijereta, el gorgojo y otros congéneres y hasta familias de avispas zumbonas, molestas y feroces.

Y llegó entonces diligente el simpático y prolífico ratón careto. Subía de las profundidades del húmedo roquedal, harto ya de tanto trepar por la pelada roca que sostiene el soberbio musgal, que tantos sustos le diera en días de pertinaz lluvia. Y allí por fin, sin el otro roedor que le inquietara, sentaría sus reales, defendería el nuevo territorio más a salvo de las peligrosas inclemencias temporales y los aventureros visitantes.

Acudimos con curiosidad esta mañana calurosa del mes de agosto. Miramos al grueso montón de púas, resina y pajuz de qué sé yo cuántos tiempos, que conforman ese hábitat tan singular y curioso a

caballo del viejo pino que tanto conozco. Seguro que encontramos en sus veteranas entrañas otra vez la vida. Separo con cuidado el suavísimo peluche y aparece a los ojos un encantador espectáculo.

Unos delicados y minúsculos montoncitos, sonrosados, tiernísimos, de una perfección maravillosa, se apiñan y casi forman una sola pelota con el ser que no hará muchos instantes les trajo a la vida.

La felicísima ratona careto, de prominentes y bellas orejas, abre desmesuradamente sus vivísimos ojos y parece implorar clemencia del monstruoso gigante que en ese momento le está contemplando. Y se queda absolutamente quieta, inmóvil ante la brutal indefensión.

Tras llamar a mi acompañante para que mire y vea semejante maravilla que allí ha puesto la naturaleza, unidas nuestras manos cubrimos con todo el cariño ese viejísimo aposento de crear vida.

Que la luz cegadora de esa calurosísima mañana del mes de agosto, no altere, no turbe ni un instante más siquiera, la paz que en ese momento allí se está viviendo, que siga la vida.